

BLOC DE NOTAS

La totalidad en Josep Roth

Berta Ares Yáñez firma un ensayo, alfombrado de simbología, que ilumina la obra del autor de «La leyenda del santo bebedor»

Luis M. Alonso

En el cementerio parisino de Thiais descansa **Joseph Roth** (1894-1939). Algo apartado, lo hace **Paul Celan** (1920-1970). Dos exiliados en la etapa final de su viaje. Roth desapareció antes de asistir a la puesta en escena de la solución final, pero aún así comenzó su itinerario poético e intelectual cuando la historia que más amaba ya se había desarrollado y concluido, y su mundo de ayer yacía bajo los escombros de la inciviliación. Vislumbró la tragedia primero que se consumase del todo y constató el apocalipsis. Y a fuerza de ciclos, fue prefigurando la historia en sus novelas. Con su propia muerte, finalizó en un café la última estación del calvario de su exilio.

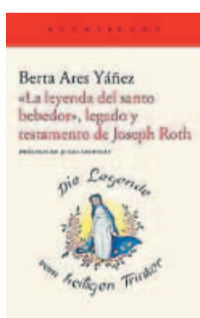
Roth era un *ostjuden*, judío del Este, que encarnaba mejor que ningún otro con su impronta vienesa el humus imperial austriaco en las provincias. Había llorado lo suficiente pero no pudo asistir al llanto final ahogado del *shtetl*, la persecución judío-oriental, que de manera tan precisa y conmovedora describiera en lengua *yiddish* **David Bergelson** en el cuento «Un testigo» (1946). Un viejo judío superviviente de los campos de exterminio relata a una joven los horrores padecidos y la matanza de su familia. La joven se asombra del tono seco, frío y pormenorizado en los detalles de su historia, hasta que el anciano, deteniéndose en un episodio no menos violento que los demás, rompe a llorar como si dijese basta, no voy a comerme las lágrimas ni seguir ocultando el dolor de la tragedia. En febrero de 1933, Roth escribió a su amigo y ocasional mecenas **Stefan Zweig** una carta en la que deja claro las escasas esperanzas que abraza ante la destrucción que se avecina: «(...) Entretanto sabrá usted que nos aproximamos a grandes catástrofes. Aparte de lo privado—nuestra existencia literaria y material queda aniquilada—, todo conduce a una

nueva guerra. No doy un céntimo por nuestras vidas. Los bárbaros han conseguido gobernar. No se haga ilusiones. Gobierno el infierno». Cuánta razón tenía.

La imaginación empezó a ser para Roth refugio ante a la tormenta totalitaria, como escribe **Berta Ares Yáñez** en su reciente ensayo sobre el legado y testamento del hombre que quiso figurar en la inscripción de su lápida como escritor austriaco y que se consideraba ciudadano de Europa. En la introducción del libro que toma como punto de partida, «La leyenda del santo bebedor», la obrita que concluyó dos semanas antes de morir en París, Ares Yáñez explica que precisamente lo que mejor define políticamente a Roth es ese arraigo europeo por encima de cualquier nacionalismo, incluido el sionista. «Para él lo crucial no era crear un Estado para los judíos, sino defender su permanencia en Europa. Asimismo no cabe extrañarse de que alguien tan ajeno al espíritu sionista y que además escribió en la lengua de **Goethe**—y no en *yiddish* o en hebreo— no forme parte de las antologías de la literatura judía, por más que deba a esa tradición buena parte de su imaginario. Muchos de los topos, símbolos, metáforas y motivos literarios que caracterizan su obra proceden de la literatura del *shtetl* oriental y de la mística luriana, con raíces en Sefarad y Safed».

En sus primeras obras imperan la desesperación y la resignación de las vidas errabundas de los judíos humillados y del resto de los súbditos desplazados del Imperio

En sus títulos, durante la primera posguerra, destacan la viveza y el realismo fruto de la observación de un mundo que se desmorona: la caducidad del destino humano arrastrado por un fuerte vendaval. Impera en ellos la desesperación y la resignación de las vidas errabundas de los judíos humillados y del resto de los súbditos desplazados del Imperio. La fantasía se encargaría más tarde de convertir esa visión negativa y desesperanzada sobre el ocaso austrohúngaro en la gran elegía habsbúrgica al mundo de ayer, a partir de su novela más aclamada, producto de la nostalgia imperecedera de un tiempo pasado frente a otro que solo promete empeorar. Ahí está esa inolvidable descripción del recuerdo en el arranque del capítulo ocho de «La Marcha Radetzky». «(...) Así era entonces. Todo lo que crecía necesitaba mucho tiempo para crecer. Y todo lo que desaparecía necesitaba mucho tiempo para ser olvidado. Pero todo lo que una vez había existido dejaba su huella, y se vivía de los recuerdos igual que hoy en día se vive de la capacidad de olvidar rápida y deliberadamente». **Robert Musil**, un contemporáneo suyo, puso en boca de Ulrich, su protagonista de «El hombre sin atributos», que uno no puede estar enojado con su propio tiempo sin dañarse a sí mismo. Para darse de cuenta de que fue ese tipo de ira el que destruyó al santo bebedor que era Roth solo hace falta leer algunos de los grandes títulos que escribió. En su caso, es el contenido de sus historias el que nos da al hombre, nunca al revés. Su obra es una tragedia humana con trazos de ficción moderna. Casi ningún otro escritor contemporáneo ha estado tan cerca de lograr esa totalidad. En ese sentido, Berta Ares Yáñez acierta a conducirnos por un camino de luz, alfombrado de simbología, en «La leyenda del santo bebedor», legado y testamento de Joseph Roth», que acaba de publicar Acantilado.



«La leyenda del santo bebedor», legado y testamento de Joseph Roth

Berta Ares Yáñez

Acantilado, 280 páginas, 20 euros

TINTA FRESCA

Crónica de una injusticia

Rodil Lombardía recrea la vida, pasión y muerte de una víctima de la represión franquista en «Sentencia»

Tino Pertierra

La novela biográfica «Sentencia» (Velasco Ediciones) narra la vida del médico burgalés Rafael de Vega Barreira (1889–1936), asesinado por la injusticia franquista. Recuerda su autor, **José Francisco Rodil Lombardía** (Santa Eulalia de Oscos), que su protagonista «fue director y promotor del hospital público municipal de Lugo, modelo clínico, en su día, por su configuración, equipamiento y calidad de los servicios que prestaba».

La obra sitúa a su personaje principal en «las horas de incomunicación angustiosa de la cárcel, recuerda sus cuarenta y siete años de existencia y expresa sus padecimientos en los tres meses de reclusión a que le sometieron en condiciones deplorables, hasta el mismo momento en que se enfrenta al pelotón de fusilamiento. 'Sentencia' es la crónica de la vida, pasión y muerte de un inocente, a manos de la llamada, de un modo eufemístico, justicia militar franquista».

Explica el autor que «la idea de escribir una novela biográfica surge de una primera toma de contacto literaria con el personaje en un libro anterior, 'La noche de las luminarias' (2018), publicado igualmente por Velasco Ediciones. La novela de ficción, inspirada en un hecho real, recreaba acontecimientos históricos y, entremezclados con los personajes imaginados, incorporaba también algunos reales, como el eminente doctor De Vega, con un papel en la trama breve pero destacado».

La documentación manejada por el autor «sobre la vida profesional, social y política y la represión de la que fue víctima al producirse el golpe de estado de 1936, además del interés que mostró su nieto, Rafael Pérez de Vega, en que escribiera sobre su abuelo, me animó a componer 'Sentencia'. La novela biografiada, pasada por el filtro de una reconstrucción ficcional, muy bien puede semejar una autobiografía. Es una mezcla de fabulación y experiencia viva contada por el propio protagonista».

El escenario principal de la novela «es la ciudad de Lugo. Se reconstruyen en ella, con minuciosidad y precisa documentación histórica, los días anteriores y posteriores a la sublevación franquista, en una zona en la no hubo guerra de trincheras ni siquiera una oposición significativa, pero sí una dura represión».

La justicia militar franquista, afirma Rodil, «lo que algún autor denominó la 'justicia invertida', hoy declarada nula de todo derecho, es un lamentable ejemplo del uso ilegal y fraudulento, que los golpistas hicieron de la legislación entonces vigente. Los consejos de guerra y las causas sumarísimas acabaron con miles de vidas inocentes, como esta del doctor Rafael de Vega y de los cuatro jóvenes que fusilaron con él. La novela tiene un sentido de denuncia y recuperación de la memoria de un hombre que no merece ser olvidado».



Sentencia

José Francisco Rodil Lombardía

Velasco ediciones
272 páginas, 18 euros